

## Sobre algunos objetos que venden los habitantes de las Islas de Juan Fernández.—Apuntes folklóricos (\*)

POR

Gualterio L O O S E R

Ayudante ad honorem de la Sección de Antropología del Museo Nacional

De las tres Islas que constituyen el archipiélago de Juan Fernández, sólo Más A Tierra, la más próxima al continente está habitada. Su población que no alcanza a 300 almas, está concentrada en el puerto de San Juan Bautista o Bahía Cumberland. Viven casi exclusivamente de la pesca de langostas (*Palinurus frontalis*) y en menor escala de otros peces, tales como el bacalao de Juan Fernández (*Polypyrion oxigenois* J. E.). La agricultura, salvo hortalizas y frutas para las necesidades domésticas, carece de toda importancia.

Pero, además los isleños confeccionan diversos objetos muy apreciados por los excursionistas que año a año llegan en mayor número a sus solitarias playas, desde que la Pacific Steam Navigation Company inaugurara sus viajes de turismo a Juan Fernández hará unos 5 o 7 años y en los cuales hemos tomado parte tres veces.

---

(\*) Leído en sesión general de fecha 15 de Mayo de 1927 de la *Sociedad Chilena de Historia Natural*.

En primer término, tenemos los bastones de chonta. Como lo indica su nombre, están confeccionados con madera de la palma *Juania australis* Drude, o chonta. Los bastones más apreciados son los de color bien negro, o sea la capa externa del tronco del árbol, pues hacia adentro se pone blanquiza y blanda. Las partes negras las forman líneas interrumpidas, siendo los espacios que quedan entre ellas de color amarillo. La corteza, que se elimina para hacer bastones, es amarilla cuando seca y de un hermoso verde claro cuando está viva la palma. Sólo la parte recta de los bastones es hecha de chonta. El puño, ya sea curvo en forma de semicírculo o como porra, es siempre de otra madera, pues la chonta no se presta para doblarla, o por lo menos, los isleños no lo intentan por falta de instalaciones adecuadas. La madera que usan para el puño es la luma de Más A Tierra (*Myrceugenia fernandeziana* (H. & A.) Johow). Es durísima y de color café claro. Con menos frecuencia se emplea para el mismo fin el michay (*Berberis corymbosa* Hook. & Arn.) de color anaranjado y durísimo también. El Dr. Johow dice que «las ramas derechas suministran muy bonitos bastones», pero nosotros no los hemos visto. (1)

Las conteras de los bastones, nunca son de metal sino de hueso de ballena de color blanquecino y muy compacto.

También se ven bastones totalmente hechos de luma, de muy lejos el árbol más común de la isla, motivo por el cual tiene muchas aplicaciones (embarcaciones, etc, Mucho más escasos son los bastones de sándalo (*Santalum fernandezianum* F. Phil.) Se cotizan a razón de \$ 80 a 100, mientras que el valor de los de chonta no pasa de la cuarta o tercera parte. Hoy en día el sándalo es un árbol extinguido; el último pereció entre los años 1908 y 1916 (2), pero pueden adquirirse de los isleños cantidades bastante grandes de madera que no tiene otro atractivo,

(1) Johow (Dr. Federico).—Estudios sobre la flora de las Islas de Juan Fernández, Santiago de Chile 1896, pág. 115.

(2) Skottsberg (Carl).—The Phanerogams of Juan Fernández Islands en *The Natural History of Juan Fernández and Easter Island* edited by Dr. Carl Skottsberg, vol. II. part II, pag. 117 Uppsala 1922. —Véase también del mismo autor: Juan Fernández öarnas sandelträd, en *Svensk Bot. Tidskr.* IV (1910).

salvo su olor que es muy aromático, siendo usada para perfumar muebles, guardarropas, etc.

Se pueden ver bastones, cuyos puños de luma por ej., tienen incrustaciones de chonta, sándalo, etc.

Los fernandecianos fabrican sus afamados bastones con verdadero gusto. Los trabajan completamente a mano y los venden muy bien terminados, barnizados o no.

También pueden comprarse en la isla listones en bruto, simplemente cortados al largo para hacer terminar los bastones. Estos listones miden unos 85 centímetros de largo por 2 de ancho y otros tantos de grueso. Además se ven tablillas de las cuales pueden salir 2 a 4 bastones. En cada una de nuestras tres excursiones a Juan Fernández, hemos visto grandes cantidades de chonta elaborada o en bruto, y podemos decir que casi no hay viajero que no compre algo. Y estos no son pocos. En nuestro último viaje a bordo del Orduña (11-15 de Febrero de 1927) iban más de 700 pasajeros, en general gente adinerada que no vacila en pagar caro un capricho. Se comprende que en estas condiciones la existencia misma de la chonta corre grave peligro. Ya es muy escasa y sólo crece en lugares abruptos y solitarios. Desde nuestro penúltimo viaje en Diciembre de 1925, hemos notado la desaparición de varios ejemplares que habíamos visto de esta hermosa especie de la flora chilena. Los insulares nos dijeron que las autoridades ponían dificultades para cortar chontas. Creemos más bien en un ardid comercial de ellos, pues si existen disposiciones en ese sentido, quiere decir que las autoridades las hacen cumplir muy mal. Aún pedazos recién cortados y completamente verdes nos ofrecieron la última vez que estuvimos allá,

También se confeccionan con madera de chonta cajitas rectangulares con tapas. Vimos una con incrustaciones al modo de mosaico que era toda una pequeña obra maestra de paciencia y delicadeza.

Ahuecando trozos de tronco de chonta, o sea, sacándole la parte interna blanda, hacen unas especies de tubos de 18 a 20 centímetros de largo. El diámetro depende del diámetro del tronco. Los que vimos no pasan de 15 centímetros. A veces estos tubos llevan tapa y patitas.

También vimos portaplumas de chonta y de sándalo y otros chiches menudos.

A Pedro Arredondo, el decano de los isleños, pues vive allá 61 años y hace unos 30 que no va al continente, le compramos una langosta (*Palinurus frontalis* M. E.) conservada seca. Había sido preparada por él mismo con la pericia de un experto taxidermista. No le falta una pieza y tiene además la curiosidad de ser anómala, pues los antenas están enroscadas en lugar de ser rectas. Estos casos son naturales, según nos dijeron los pescadores y se presentan muy raras veces. Estos crustáceos así preparados no son muy apreciados por los viajeros, pero vimos varios.

Abriendo un paréntesis diremos que Arredondo fué quien descubrió el último sándalo vivo. Aunque es un anciano poco comunicativo, se endulzó de súbito cuando le recordamos ese incidente de su vida y nos pidió detalles del Dr. Johow, que fué quien le encargó buscar sándalos, cuando este naturalista hizo su famosa exploración científica de la tierra de Robinson Crusoe.

Arredondo nos vendió picaflores disecados. Tenía gran cantidad que los viajeros compren por sus vivos colores. Los isleños no los embalsaman, sino les sacan solamente las entrañas y los dejan secar. Nosotros adquirimos a peso c/u varios picaflores comunes (*Eustephanus galeritus* Mol.), y después de insistir no poco conseguimos varios machos y hembras del picaflor endémico de Más A Tierra (*Eustephanus fernandensis* King), tan notable por su pronunciado diformismo sexual.

Además Arredondo tenía para la venta dos o tres cuadros hechos con musgo, picaflores, conchas y otras cosas menudas, representando montañas o paisajes marinos. Son conjuntos ingenuos y grotescos. Los objetos van fijados por medio de alfileres y cola.

A modo de perchas o ganchos para colgar ropa o sombreros usaba Arredondo cuernos de las cabras salvajes de la isla. Estos «cachos» son negruzcos y muy enroscados. Ofrecimos comprarle un par, pero se negó. Nos dijeron que las cabras salvajes se han vuelto hoy muy escasas. También curten las pieles de estos animales. Son de

color café obscuro con una faja negra a lo largo de la espina dorsal.

Por fin, recordaremos un velerito de juguete que nos ofreció un pescador, hecho con verdadera destreza; pero por el cual pretendía un precio fantástico.

Como se ve por la exposición anterior, la técnica empleada como sus aplicaciones prácticas carecen de originalidad. Sus fabricantes son casi todos originarios de las partes más diversas de Chile y hay también varios extranjeros (franceses, alemanes, daneses) y confeccionan los objetos mencionados exclusivamente para los turistas, no pudiendo tener estilo propio. Pero en cambio, casi todos los materiales empleados son exclusivos de Juan Fernández. Como se sabe, la chonta, el sándalo, la langosta, el picaflor grande (*Eustephanus fernandensis*) son endémicos de la isla. Aún la misma cabra salvaje que recuerda las aventuras románticas de los bucaneros ingleses y franceses, constituye en cierto modo una variedad peculiar del archipiélago. Todos estos factores han servido de base a la pequeña industria local a que nos referimos y que no carece de cierto interés folklórico, no obstante sus modestas proporciones. Sólo es de sentir que la excesiva explotación ponga en peligro la existencia de varias especies, sin contar el sándalo ya extinguido, y es muy de temer que en un plazo breve desaparezca esta industria por la extinción de la materia prima.

Santiago, 4 de Marzo de 1927.

